



Lejos de casa

Carmen Payá
Economista

¿Quién no ha soñado alguna vez cómo sería su vida en otra ciudad? ¿Quién no se ha planteado en algún momento aventurarse a vivir en otro país?

Pero claro, siempre que una idea alternativa a lo ya establecido aparece, tu realidad te despierta del sueño y te obliga a pensar en cómo eres y en los pros y los contras: “y si no me adapto”, “y si sale mal”... y olvidas ese sueño continuando con tu vida sin saber que has dejado escapar una oportunidad única.

Cuando con 16 años se me dio la oportunidad de irme a estudiar un año al extranjero, contesté que sí sin pensar. Aún hoy, es el día en que doy las gracias por haber sido una “loca” y precipitarme en mi respuesta, porque estoy más que segura de que si en aquel momento me hubiese parado a pensar lo que conllevaba tal decisión (como muchos otros hicieron en su momento), quizás ahora no estaría escribiendo este artículo. Estaría contando cómo el miedo a lo desconocido y la incertidumbre decidieron por mí en aquella situación. Desde entonces he repetido la experiencia siempre que las circunstancias me lo han permitido.

No sería del todo sincera si dijese que vivir en un país ajeno, con cultura, costumbres e idioma diferentes al tuyo es fácil, y menos, si al llegar a tu destino, tienes un esquema perfecto en tu cabeza, con estereotipos de la sociedad a la que llegas y nada más llegar se te desvanecen.

Lo más impresionante de una experiencia de inmersión en el extranjero, es sentir tu propia transformación desde el primer día. Y no sólo en lo relativo a maduración personal, conocimiento de un idioma nuevo y adaptación al medio (algo que durante la estancia te da más de un quebradero de cabeza, y te hace pensar que nunca conseguirás sobrevivir a esa jungla donde te has metido), sino el descubrir que cada cultura es diferente y es imposible comprenderla si no convives en ella, con ella y respetándola tal y como es.

Es entonces cuando llega el momento de volver. Has superado con creces una experiencia única que no imaginabas; sonríes al recordar los momentos duros que pensabas que no terminarían nunca, y te sientes satisfecha por haber decidido venir.

Has disfrutado y hasta te da pena que termine, separarte de la gente que has conocido, de la ciudad en general que, aunque muy diferente a lo que estás acostumbrada, has logrado entender y ahora te la llevas muy dentro, como si fuese tu ciudad natal cuando te despedías al emprender la aventura.

Al llegar a tu ciudad, todo ha cambiado para ti, aunque las cosas siguen casi como las dejaste. Y te das cuenta de que todo depende de cómo se mire, y el tener una experiencia como ésta, hace ver el mundo diferente, con más tolerancia, respeto y sobre todo con cariño y comprensión.

Desde este rincón quiero animar a los padres para que, si existe la posibilidad, animéis a vuestros hijos a vivir en el extranjero una temporada. Y a vosotros, los hijos, a que no desaprovechéis nunca una oportunidad de este estilo, porque aunque dura en sus comienzos, con el tiempo solo recordaréis todo el bien que os hizo. ■